

El
Extraño Señor
de las *Nubes*
.....
y otros cuentos

CARLOS MURCIANO



*A Luis María,
a Carlos,
a Guillermo.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

Ilustración

Marta Chicote

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

copion

Impresión

Brosmac, S.L.

Depósito legal:

ISBN: 978-84-89655-43-0

© Carlos Murciano

© de la edición en castellano

© DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es



El
Extraño Señor
de las Nubes
.....
y otros cuentos

CARLOS MURCIANO

 **DYLAR**
ediciones

Carlos Murciano



Carlos Murciano nació en Arcos de la Frontera (Cádiz). Desde hace cuarenta años reside en Madrid.

Economista de carrera, en 1987 abandonó voluntariamente su puesto de trabajo para dedicarse por entero a su labor literaria.

Ha publicado más de ochenta libros, de los cuales veinticuatro corresponden al género infantil y juvenil. En 1970 obtuvo el Premio Nacional de Poesía; en 1982, el Premio Nacional de Literatura Infantil; en 1986, el Premio CCEI.

Sus artículos en periódicos y revistas se cuentan por millares. Y como conferenciante, ha recorrido diversos países de Europa, América, Asia y África.

Rellena tu ficha



El autor de los tres cuentos que vas a leer se llama
..... y desde 1987 se dedica plenamente a la
.....

Autor de muchos libros, ha publicado ya veinticuatro de literatura
.....

Con ellos ha conseguido algunos de los premios más importantes, como por ejemplo
.....

También colabora con la prensa y ha escrito miles de
..... además de recorrer el mundo como

El **Extraño Señor** *de las* **Nubes**

«Pocas veces hace lo que debe hacer,
pocas veces dice lo que debería,
el extraño señor de las nubes.

Le brota, copiosa,
la ternura que esconde el extraño;
le trina la luz de sus ojos.

Enseguida se borra.
Aparece en el cielo la figura de un pez:
¡de verdad resplandecen las nubes!»

Fernando González-Urizar



Lauro miró al cielo y lo vio azul y limpio: azul y limpio un día más. ¿Cuántos llevaba así, asomándose a la amanecida con la esperanza de ver llegar las nubes, el agua deseada? Pero las nubes se escondían, las nubes debían de andar por remotos lugares, entretenidas en otros menesteres, en otros juegos. Cierto que en los últimos días las había visto alguna vez, blancas, algodonosas, ligeras, sobre todo ligeras: como si acudieran a una cita, como si las estuviesen esperando y se apresurasen para no llegar tarde.

A Lauro siempre le habían gustado las nubes. No sólo porque traían el agua para regar su huerto, sino por sus formas, numerosas y cambiantes: ahora

un castillo, ahora un león, ahora un hada de un solo brazo, ahora un dragón rabudo.

Las nubes eran sus amigas, y, de cuando en cuando, cogían sus cubos, o sus cántaros, o lo que fuese, y ¡zas! empapaban de agua clara, de agua buena, la tierra del huerto, las patatas, las lechugas, los tomates, las zanahorias, todo lo que esa tierra hacía crecer para Lauro. Y para el abuelo. ¿Por qué, entonces, se habían enfadado? ¿Por qué no volvían, o volvían deprisa, como los aviones que Lauro veía cruzar, lejanos y brillantes, juguetes imposibles?

El abuelo era alto y fornido, pero, con el paso de los años, su espalda se fue curvando lentamente; y, a medida que esto ocurría, su mirada había ido apagándose, haciéndose más tenue. El abuelo no tenía otra familia que Lauro. Lauro no había conocido otra familia que el abuelo. Muy poco después de que él naciera, sus padres emigraron, en busca de fortuna. Y nunca regresa-

ron. El mar, bravío, furioso, hizo naufragar el barco que los llevaba. Lauro tardó en saberlo y, cuando el abuelo decidió contárselo, él notó que por dentro algo se le rompía, algo que era luminoso y alegre, y que de pronto, ¡plaf!, estallaba, como las pompas de jabón que el abuelo fabricaba para él con un canutillo de caña.



Sí, algo así habían sido sus padres: un globo diminuto, encendido, que volaba entre sus pensamientos, que iluminaba sus sueños, que prometía hacerse verdad, hombre y mujer sonrientes, como en el retrato amarillo que presidía la vieja cómoda, y que de repente se desvanecía, como las nubes que el viento deshilachaba y borraba del azul.

Cuando Lauro creció y pudo, comenzó a ayudar al abuelo en el cuidado del huertecillo del que vivían y para el que vivían. Comían sus frutos, vendían lo que les sobraba y eran felices a su modo. Hasta que las nubes les negaron su agua.

—No sé qué le hemos hecho —dijo el abuelo—, pero El Extraño Señor de las Nubes se ha enfadado con nosotros.

—¿Quién?

—El Extraño Señor de las Nubes.

Lauro lo miró con sorpresa. El abuelo le había contado muchas historias, leyendas pobladas de seres que él nun-

ca hubiera podido imaginar, cuentos ingenuos en apariencia, que en su fondo encerraban verdades esenciales. Pero era la primera vez que El Extraño Señor de las Nubes afloraba a sus labios.

—¿Por qué no me habías hablado de él?

—Porque no le gusta que lo nombren.

—¿Dónde vive?

El abuelo apuntó hacia el cielo con el dedo índice de la mano derecha.

—Allá arriba. En las nubes.

—¿Y qué hace?

—Pocas veces hace lo que debe hacer, como pocas veces dice lo que debe decir. Él sólo pasa.

—¿Por dónde?

—Por aquí, por allí... por todas partes. Pasa en la nube, con la nube. Él es la nube.

—¿Una nube?

—No. Todas.

—No lo entiendo.

—No importa. Tampoco él se entiende.

—¿Y por qué no le gusta que lo nombren?

—Porque no tiene nombre. Por eso.

—¿Que no? Él es El Extraño Señor de las Nubes.

—¡Chist! Si seguimos así, se pondrá furioso.

—¿Nos oye?

—Siempre oye lo que no debe oír. Verás —añadió el abuelo, y se quedó un momento pensativo—: A mí, cuando era joven, me llamaban *El contador de cuentos*. Pero mi nombre es Máximo. A ti te llaman *El nieto de Máximo*, pero tu nombre es Lauro. ¿Comprendes ahora? Él no se llama Ónix, ni Gerión, ni Amusavara. Sólo *El Extraño Señor de las Nubes*.

—¿Y eso no tiene remedio?

—Sí. Pero yo no sé cuál es. Sólo él lo sabe. Y estoy seguro de que lo encontrará. Siempre acaba logrando lo que se propone.